

**CONTRA
LAS HEREJÍAS**
(ADVERSUS HEARESES)

SAN IRENEO

**CONTRA
LAS HEREJÍAS**
(ADVERSUS HAERESIS)

LIBRO V

Traducción de
Jesús Garitaonandia Churruca

Serie
Los Santos Padres
Nº. 53

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

I.S.B.N.: 84-7770-438-4

Depósito Legal: S. 682-1999

Imprenta "KADMOS"

Teléfs.: 923 21 98 13 - 923 18 42 24

SALAMANCA, 1999

PLAN DEL LIBRO V¹

PRÓLOGO

Para descubrir el objetivo exacto que se propone Ireneo al escribir el último Libro de «Adversus haereses», conviene recoger en primer lugar las indicaciones proporcionadas por él en el Prefacio de este Libro.

Deseoso de situar este quinto Libro en el conjunto de su magna obra, comienza Ireneo por recordar brevemente el fin que ha perseguido a lo largo de los cuatro primeros Libros: desmascarar la herejía gnóstica (Libro I), después refutarla, persiguiéndola en primer lugar en su propio terreno (Libro II) y a continuación demostrando la verdad de la enseñanza tradicional de la Iglesia por medio de múltiples pruebas sacadas de las Escrituras (Libros III y IV).

Ireneo se propone acabar, en este Libro V, con esa demostración por medio de las Escrituras. «En este Libro quinto... intentaremos aducir pruebas sacadas de las demás enseñanzas del Señor y de las Cartas del Apóstol».

Esta frase determina, de modo preciso, dos cosas: 1º El Libro V igual que los Libros III y IV quiere ser una «demostración de la verdad cristiana atacada por la herejía.

2º Esta demostración se apoyará en el «resto de las enseñanzas del Señor» —porque todo el Libro IV ha sido dedicado ya

¹ Traducción del Capítulo VII de la introducción al Libro V, de Adelin Rouseau.

a poner de relieve las enseñanzas de Cristo— y en las Cartas del Apóstol».

Después de ello. Ireneo concluye su prefacio según las reglas del género, es decir: exhortando a su destinatario a poner tanto celo en leer su obra, como él ha puesto en componerla.

Como se ve, si este Prefacio da una indicación muy clara sobre el género literario del Libro —se trata de una «demonstración»— y sobre las fuentes de donde Ireneo se propone tomar sus argumentos; no encierra, en cambio, ninguna indicación sobre los puntos particulares de la enseñanza de la fe, sobre los que el autor hará llevar sucesivamente el esfuerzo de su demostración.

Dicho de otro modo, se buscará en vano en este Prefacio un «plan» que, con toda evidencia, Ireneo no ha querido dar a su lector.

No es que no exista ese plan, muy al contrario: ¡Ireneo dice que no hay que dar importancia a lo que no la tiene!

Es igualmente sorprendente comprobar hasta qué punto sabe él, en cada instante, dónde está y a dónde se encamina; como una poderosa unidad organizada del interior es el conjunto complejo de textos escriturarios y de argumentaciones de todo tipo que pone a la vista de su lector. Mas Ireneo no entiende esta unidad como la exposición de «todo hecho», si se puede hablar así; él desea que su lector la descubra por sí mismo al hilo de su lectura, no sin ser ayudado, por otra parte, por las indicaciones que el autor sabrá facilitarle en tiempo útil, a todo lo largo de la obra.

¿Cuáles son, por tanto, los principales temas contenidos en el Libro V?

Nos parece que una lectura atenta de este Libro, al mismo tiempo que al contenido doctrinal y a los procedimientos de composición literaria, conduce a distinguir tres grandes apartados:

1. Una demostración de la resurrección de la carne fundada casi exclusivamente en los textos paulinos (cap. 1-14).
2. Una demostración de la identidad del Dios Creador y del Dios Padre, por medio de tres hechos de la vida de Cristo (cap. 15-24).

3. Una demostración de la identidad del Dios Creador y del Dios Padre por medio de la enseñanza de las Escrituras relativa al fin de los tiempos. (cap. 25-36).

Que los capítulos 1-14 de una parte y los cap. 25-36 de otra, constituyen dos apartados homogéneos, es cosa evidente y reconocida por todos los críticos; que el bloque intermedio, es decir, los capítulos 15-24, constituyen también un apartado fuertemente estructurado, que no podrá por menos de aparecer, creemos nosotros, si se quieren tener en cuenta los procedimientos de composición insuficientemente reconocidos en Ireneo, querrá intentar poner de relieve el análisis siguiente.

PRIMERA PARTE

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE PROBADA POR LAS CARTAS DE PABLO (1-14)

1. La resurrección de la carne, consecuencia necesaria de la Encarnación (1-2)

Toda la doctrina que Ireneo va a desarrollar entre los capítulos 1-14, tiene, a mi parecer, un corte típicamente paulino en algunas palabras como las últimas con que termina el prefacio y comienza al mismo tiempo la primera parte del Libro V: «quien a causa de su inmenso amor (Cfr. Ef.3,19) se hizo como nosotros a fin de que nosotros nos hiciésemos como él».

Lo que hace entender el conjunto del contexto de la manera siguiente: «El Verbo de Dios se revistió de nuestra carne mortal y corruptible, a fin de hacerla, por medio de la resurrección, participante de su divinidad inmortal e incorruptible.

a) En un primer párrafo, insiste Ireneo en la realidad de esa Encarnación del Hijo de Dios, fundamento de todo el proceso de redención divinización: El Hijo de Dios ha tenido una sangre y una carne que eran verdaderamente suyas, porque nos ha redimi-

do realmente con su sangre (Cfr. Col.1,14) y se ha ofrecido realmente a sí mismo en rescate por nosotros (Cfr. I Timot. 2,6). Se nota aquí otra vez esa doble alusión a los textos paulinos fundamentales, el primero de los cuales será citado expresamente un poco más adelante en L. V, 2,2.

Estos dos textos paulinos ocupan el centro de un párrafo extraordinariamente rico en doctrina, donde se evoca la totalidad de la economía salvífica: predestinación por el Padre y creación por el Hijo, de una parte; redención por la sangre del Verbo encarnado, efusión del Espíritu Santo en Pentecostés y don de la incorruptibilidad por la resurrección de entre los muertos, por otra parte.

Se tendrán en cuenta las últimas palabras de este párrafo: («... si con toda certeza y verdad, en su venida, nos ha obsequiado con la incorruptibilidad») que responden exactamente a las últimas palabras del Prefacio y son trascendentales (... quien... se hizo como nosotros a fin de que nosotros nos hiciéramos como es él (1,1).

b) Puesta así de relieve la Encarnación del Hijo de Dios, tanto en su realidad constitutiva como en las consecuencias que entraña para el género humano, constata Ireneo, que todas las doctrinas de los herejes son por ello mismo reducidas a la nada.

En primer lugar, la de los Docetas, que, no admitiendo que el Verbo haya tomado una carne real, no pueden ver en la Encarnación más que una simple teofanía, semejante a todas las del Antiguo Testamento. Ireneo en este punto, asemeja los Valentinianos a los Docetas (1,2).

c) A continuación los Ebionitas: no admitiendo que María haya concebido milagrosamente del Espíritu Santo y rehusando ver en Cristo otra cosa que un hombre ordinario, se encierran en la muerte, que los hombres han heredado del primer Adán.

El único capaz de liberarlos de esta muerte es el Hijo de Dios encarnado (Cfr. I Cor. 15,22) (1,3).

d) Después los Marcionitas: declaran que la Creación no es propia del supuesto Dios, que ellos se imaginan, superior al Cre-

ador. Hacen de la Encarnación del Hijo de Dios —de quien, por otra parte, desconocen su verdadera naturaleza— una especie de energía, desprovista incluso de la justicia del Creador; pero con una verdadera bondad para con los hombres (2,1).

e) Llegando entonces más directamente al objeto de la primera parte del Libro V, muestra Ireneo que la Encarnación prolongándose y culminando de alguna manera en la Eucaristía (Cfr. I Cor. 10,16), reduce a la nada a todos aquellos, quienquiera que sean, que afirman que la carne es incapaz de salvarse: «... ¿cómo estas gentes pueden negar que la carne sea capaz de recibir el don de Dios, consistente en la vida eterna, cuando ella es alimentada con la sangre y el cuerpo de Cristo y es su miembro? (2,2-3)

2. La resurrección de la carne, obra del poder de Dios (3-5)

Ya en las últimas líneas de V,2,3, Ireneo ha hecho entrever que la resurrección de la carne no podía tener otro principio que una intervención totalmente gratuita (... recompensará gratuitamente) del poder de Dios que triunfa de la debilidad de la carne («porque el poder de Dios triunfa de la flaqueza»).

Este versículo paulino al que acaba de hacer alusión (II Cor. 12,9) lo cita Ireneo de manera explícita al principio del Libro V, 3,1, como el fundamento en que se propone asentar todo el desarrollo que abarca desde el principio del cap. 3, hasta el final del cap. 5. Este desarrollo comprende los puntos siguientes:

a) ¿Por qué permite Dios la debilidad? Para que el hombre conociéndose a sí mismo y lo que es Dios, ame a Dios ante todo (3,1).

b) Dios es muy poderoso para resucitar la carne, porque ha sido más poderoso aún al principio para crearla, cuando no existía todavía.

Por otra parte, la carne es capaz de recibir el poder vivificante de Dios, como demuestra el hecho de que efectivamente lo ha recibido ya (3,2-3).

c) Los que se imaginan a un supuesto «Padre» superior al Creador, están obligados a admitir que ese «Padre» no es más que un impotente, si es que no puede vivificar la carne cuando quiere, o un envidioso, si rehusa vivificarla cuando puede (4,1-2).

d) Si los herejes leen las Escrituras —se trata aquí del Antiguo Testamento— encontrarán el número de hechos susceptibles de ilustrar la omnipotencia vivificante de Dios: longevidad de los primeros hombres; traslado de Enoch y Elías al paraíso; salvación de Jonás arrojado al mar, y de los tres jóvenes precipitados en el horno (5,1-2).

3. Textos paulinos que atestiguan la resurrección de la carne (6-8)

Después de haber situado la resurrección de la carne en la cumbre de la Encarnación (cap. 1-2) y haber deshecho la objeción sacada de su pretendida imposibilidad a priori (cap. 3-5), Ireneo puede abordar los textos paulinos afirmando el hecho de esa resurrección.

Los capítulos 6 a 8 no serán otra cosa que un tupido haz de textos paulinos, que Ireneo se escogerá para hacer un comentario de ellos.

a) El primero de estos textos es el de I Tesal. 5,23: «no sólo el Espíritu y el alma, sino también el cuerpo, lo que los fieles están obligados a conservar sin reproche, para el día del Señor Jesús (6,1).

b) Vienen después los textos de I Cor. 3,16 y de I Cor 6,15: el cuerpo es templo de Dios y «miembro de Cristo»; por eso, no se hundirá definitivamente en la muerte (6,2).

c) Son citados después: I Cor. 6,13-14 y Rom. 8,11: La resurrección de Cristo es garantía de nuestra resurrección corporal (6,2-7,1).

d) Viene a continuación I Cor. 15,42-44 y 36: la carne, sembrada en la corrupción, ignominia y debilidad, resucitará en

la incorrupción, la gloria y el poder; sembrado cuerpo psíquico, resucitará cuerpo espiritual (7,1-2).

e) Vienen después I Cor. 13,9,12 y Ef. 1,13-14: El Espíritu Santo es donado, desde aquí abajo a los creyentes, como prenda de su resurrección futura (7,2-8,1).

f) Acabando este tema y preparando el siguiente Ireneo determina ahora con precisión en qué sentido ha hablado Pablo de hombres «espirituales» (I Cor.2,15; 3,1 y de hombres «carnales» (I Cor. 3,3), y muestra la continuidad de la enseñanza de Pablo con la del Antiguo Testamento (8,2-3).

4. El verdadero sentido de la frase paulina «la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios»

Este texto paulino (I Cor. 15,50) es el que no cesan de alegar los gnósticos, para justificar su rechazo de la resurrección de la carne.

Ireneo va a manifestar con profusión cuál es el verdadero sentido de este versículo paulino, lo que le permitirá rematar este esbozo de antropología cristiana que es su tratado de la resurrección.

Para desentrañar el verdadero sentido del versículo paulino en cuestión, Ireneo recurre a otros textos del Apóstol, como es normal, lo que no le impedirá recurrir también a algunos textos extra-paulinos.

a) Comienza refiriéndose a I Tesal. 5,23, el versículo paulino que Ireneo ha comentado largo y tendido en V,6,1.

Pablo, según Ireneo, enseña que el hombre perfecto está compuesto de carne, alma y Espíritu-Santo: por eso a los que no tienen en sí ese Espíritu, que salva y vivifica, los puede llamar Pablo, con razón «carne y sangre», porque ellos no son más que eso y, como tales, son incapaces de poseer la verdadera vida (9,1-2).

b) Corroborado por Mateo 26,41: Para tener a un hombre realmente viviente, es necesario que a la debilidad de la carne se una la prontitud del Espíritu Santo (9,2).

c) Ireneo cita a continuación I Cor. 15,48-49, que compara con Rom.6,4: si el hombre rehusa llevar la imagen del que es celeste, es decir del Espíritu Santo, rehusa, por ello, andar en novedad de vida obedeciendo a Dios; y permaneciendo en la vetustez de la carne y la desobediencia a Dios, no puede heredar el reino de Dios (9,3).

d) Ireneo repite otra vez la enseñanza hecha para irritar a sus contradictores, partiendo de Mat. 5,5: «Vosotros tenéis razón, dice él en substancia a los herejes, al decir que la carne no puede heredar, porque a decir verdad, ella no hereda, pero es poseída en herencia por el Espíritu. Mas añade en seguida, ser poseída por el Espíritu ¿qué otra cosa es, para la carne, sino ser trasladada al reino de los cielos?» (9,4).

e) Tenemos la misma enseñanza, fundada en Rom. 11,17.24: si el hombre no es injertado en el olivo auténtico, es decir en el Espíritu-Santo, sigue siendo un olivo silvestre (acebuche) incapaz de producir los frutos del Espíritu y, como tal, digno de ser cortado y arrojado al fuego (10,1-2).

f) La misma enseñanza, fundada en Rom. 8,8-14: en tanto que «está en la carne» y «vive según la carne», el hombre no podrá complacer a Dios; para ser contado en el número de los hijos de Dios y poseer la vida, el hombre debe «estar en el Espíritu», «mortificar por medio del Espíritu las obras de la carne», «ser conducido por el Espíritu de Dios» (10,2).

g) Cita de Gálatas 5,19 y 22: enumeración de las «obras de la carne» y de los «frutos del Espíritu» (11,1),

h) Cita de I Cor.6,9-11: diciendo que los injustos, es decir, los fornicarios, idólatras, adúlteros, etc. no heredarán el reino de Dios, Pablo viene a decir claramente lo que dirá de manera simbólica en el transcurso de esta misma carta con las palabras «la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (11,1-2)

i) De por sí, la carne es capaz tanto de incorrupción como de corrupción; habiendo muerto en el primer Adán, porque fué animada con un simple «soplo de vida», resucitará en cambio en el segundo Adán, porque será animada por el Espíritu vivificante, como lo atestigua Pablo en I Cor. 15,45-46, (12,1-3).

j) Cita de Colos. 3,5 y 9-10: Con la obligación de hacer morir a los miembros terrestres y despojarse del hombre viejo, Pablo no rechaza la carne, sino las obras de la carne (obras malvadas (12,3-4).

k) Ningún rechazo de la carne en la conversión de Pablo, tal como lo atestigua él en Gal. 1,15-16; de la misma manera que las enfermedades curadas por Cristo y los muertos resucitados por él no han perdido su carne, sino que han visto esa misma carne devuelta a la salud y a la vida (12,5-13,2).

l) Cita de I Cor. 15,53-55; de Fil. 3,20-21; de II Cor. 5,4-5; de II Cor. 4,10-11; de II Cor 3,3; de Filip. 3,10-11; y de I Cor. 15,32 y 13-21; todos estos textos afirman claramente la resurrección de nuestra carne mortal y corruptible (13,3-5).

m) Cita de Col. 1,21.7.13,15: Si es verdad que Cristo ha tenido una carne por medio de la cual nos ha reconciliado con Dios y una sangre con la que nos ha redimido, no son, propiamente hablando, la carne y la sangre, sino las obras carnales, las que no pueden heredar el reino de Dios (14,1-4).

Puede ser interesante anotar que Ireneo cierra este tratado de la resurrección retornando a la perspectiva con la que comenzó, es decir, subrayando el alcance soteriológico de la Encarnación; desde el momento en que el Verbo de Dios asume nuestra carne, ésta no podrá hundirse definitivamente en la muerte.

Está todo supeditado a la realidad de esta Encarnación del Hijo de Dios: «adhiriéndote a la venida carnal del Hijo de Dios, confesando su divinidad y uniéndote firmemente a su humanidad».

SEGUNDA PARTE

LA IDENTIDAD DEL DIOS CREADOR Y DEL DIOS
PADRE PROBADA POR TRES HECHOS DE LA VIDA
DE CRISTO (15-24)

1. La curación del ciego de nacimiento 15-16,2), la última frase del Libro V,14,4" («Por tanto, carísimo, acuérdate que...») indica suficientemente que Ireneo pone el punto final a la primera parte de su Libro V; también creemos nosotros poder considerar las primeras palabras del cap. 15, como el inicio de una segunda parte.

Sin embargo, una lectura atenta muestra que todo el primer párrafo del cap. 15 no es, en realidad, más que una transición y que el verdadero comienzo de la segunda parte se sitúa en las primeras palabras del V,15,2.

a) Ireneo comienza por citar cinco textos proféticos, por medio de los cuales el Dios Creador promete la resurrección de la carne: Is. 26,19;66,13-14; Ez.37,1-10; 12-14; Is.65,22. Aparte de que estos textos se refieren a la resurrección de la carne, han sido anunciados explícitamente por Ireneo en V.4,1; se funda esto en que en el primer párrafo del cap. 15 se ve una especie de apéndice que se une a los capítulos que preceden.

Mas, por otra parte, este primer párrafo del cap. 15, abre una perspectiva nueva: Ireneo ya no se propone establecer un tema peculiar de doctrina negada por los herejes, como la resurrección de la carne, sino afirmar en el encuentro del dualismo que está en la base de todos los sistemas gnósticos, la identidad del Dios que ha creado el mundo y del Dios Padre que se ha revelado en Cristo. Tal es en efecto la conclusión explícitamente sacada por Ireneo a consecuencia de los cinco textos proféticos que acaba de citar: «Así pues el Creador vivifica y... prometiéndoles... como único Dios se manifiesta este creador que hace estas cosas, y es al mismo tiempo el Padre bueno que, por pura bondad, otorga la vida a los seres que no la poseen por sí mismos» (15,1).

b) Esta perspectiva nueva, esencialmente anti-dualista, que va a prevalecer en toda la segunda parte del Libro V, está claramente definida en las primeras líneas del L.V,15,2: «He aquí por qué manifiesta el Señor muy claramente a sus discípulos quién era él y quién era su Padre, para que no buscaran a otro Dios diferente de Aquél que plasmó al hombre...».

El Señor mismo, por tres hechos de su vida terrena, va a manifestar que el único Dios verdadero, es decir, el Padre que él ha venido a revelar, no es otro que el Dios Creador.

El primero de estos hechos es la curación del ciego de nacimiento referido en Jn. 9,1-7. Jesús, comenta Ireneo, no ha curado a ese hombre por medio de una simple palabra, sino por medio de una acción, y por medio de una acción bien definida: él ha untado los ojos del ciego con un lodo que ha formado escupiendo en tierra. De tal manera «ha remodelado» Jesús los ojos del ciego de nacimiento, que ha hecho visible, en cierto modo, la acción invisible por la que, como Verbo de Dios y mano del Padre, modeló al hombre al principio (Cfr. Gen.2,7) y no cesa de «modelar» en el seno materno (Jer.1,5; Gal. 1,15) (15,2-3).

c) Al remodelar los ojos del ciego con la tierra, el Señor ha hecho comprender igualmente que es de esa tierra y no de una supuesta «materia flúida y difusa», tal como afirman los gnósticos, como ha sido modelado el hombre.

Relacionada así la obra de la creación del principio con el comienzo de la historia humana, el gesto de Jesús, curando al ciego de nacimiento manifiesta, por tanto, que no hay más que una sóla creación, un sólo Dios y un sólo Verbo.

Una sóla creación, que es obra de Dios: un sólo Dios, que es a la vez el Creador de todas las cosas y, el Padre que se revela en Cristo; un sólo Verbo, por quien ha sido hecho todo y que se ha hecho hombre para mostrar la «imagen» y restaurar la «semejanza» (15,4-16,2).

2. La Crucifixión (16,3-20)

Las primeras palabras del L.V.16,3, que reproducen textualmente las primeras palabras de L.V.15,2, indican que se acaba una sección y comienza otra; esa identidad del Dios Creador y del Dios Padre, que el Señor viene a demostrar con la curación del ciego de nacimiento, va a mostrar de nuevo por medio de su Pasión o, mejor aún, por medio de su Crucifixión.

a) Citando a Filip. 2,8, anota Ireneo que, según San Pablo, Cristo no se ha hecho obediente hasta la muerte sin más, sino hasta la muerte de Cruz.

¿Por qué la Escritura determina esto con tanta precisión?

Es, responde Ireneo, para subrayar el lazo de unión existente entre la obediencia de Cristo y la desobediencia del primer Adán: la desobediencia que se había perpetrado en el árbol, la ha reparado Cristo con su obediencia sobre el árbol («... curando así por medio de su obediencia en el árbol la desobediencia ocurrida en el árbol...»). Ahora bien, prosigue Ireneo, esta correspondencia exacta entre la obediencia no hubiera tenido objeto, si el Dios con quien Cristo nos ha reconciliado con su obediencia, hubiera sido diferente de aquél que nosotros habíamos ofendido con nuestra desobediencia en Adán.

La Crucifixión manifiesta, por tanto, en contra del dualismo de los gnósticos, la identidad del Dios Creador manifestado al principio y del Dios Padre revelado en Cristo (16,3).

b) A esta reflexión sobre la Crucifixión, añade Ireneo una reflexión parecida sobre la remisión de los pecados, que el Señor nos hace pedir al Padre (Mat. 6,12) y que la otorga él mismo (Mat. 9,26): ¿Quién puede perdonar los pecados, sino el Dios de quien nos hemos hecho deudores a causa de nuestra transgresión?

Al otorgar en los últimos tiempos la remisión de los pecados, manifiesta Jesús, en efecto, que él es el Verbo del único Dios, ese Verbo, que en el paraíso original, dió el precepto (*praeceptum*) al hombre y después, sobre la tierra, ha dado los preceptos (*praecepta*) a ese mismo hombre.

Advertimos que esta reflexión de Ireneo sobre la remisión de los pecados, otorgada por Cristo, no nos hace salir de la sección referente a la crucifixión; a los ojos de Ireneo, en efecto, no existe más que un sólo misterio de salvación, por el que Cristo nos perdona, en cuanto Dios, la transgresión misma que, en cuanto hombre, repara por medio de su dolorosa obediencia sobre la Cruz («... recibió del Padre el poder de perdonar los pecados, como hombre y como Dios, a fin de que si como hombre padeció con nosotros, como Dios se compadezca de nosotros y nos perdone las deudas... que hemos contraído con nuestro autor Dios») (17.1-3).

c) Volviendo más directamente al tema de la Crucifixión que él llama aquí con el nombre de «economía del árbol», Ireneo la muestra prefigurada por un episodio de la vida de Eliseo: el hierro de un hacha se desprende del mango, mientras se cortan unos árboles, y cae en el Jordán —figura del Verbo que perdimos en el paraíso— después es recuperado milagrosamente gracias a un trozo de madera arrojado al río por el profeta— figura de ese mismo Verbo que hemos recuperado por medio del árbol del Calvario— (17,4).

d) La Crucifixión, como «economía del árbol», manifiesta también de otra manera la identidad del Dios Creador y del Dios Padre: por una parte, en efecto, hubiera sido indigno del verdadero Dios salvar a los hombres por medio de un árbol que hubiera sido de otro; por otra parte, jamás el árbol de la Cruz hubiera podido llevar al Verbo de Dios hecho carne, si no hubiera sido la propia creatura de ese Dios, dicho de otra manera, si no hubiera sido llevado invisiblemente por ese mismo Dios que llevaba él visiblemente (18,1-2).

e) Que el mundo sea la propia creación del Verbo de Dios es de lo que da testimonio Juan, cuando dice que el Verbo, al encarnarse, ha venido «a su propiedad»; de hecho, al quedar suspendido en el árbol de la Cruz, Cristo se ha manifestado como quien se hallaba invisiblemente grabado en forma de cruz en la

creación entera en tanto que como Verbo gobierna y dispone todas las cosas (18,2-3).

f) El tema de la Crucifixión acaba con una conclusión de cierta amplitud: Si el Señor ha venido a su propiedad y ha sido llevado por su propia creación, si ha recapitulado por medio de su obediencia en el árbol la desobediencia perpetrada en el árbol —y si, añade Ireneo, la obediencia de María ha hecho de contrapeso de la desobediencia de Eva—, los herejes quedan convencidos de no conocer la «economía» salvífica de Dios, al imaginarse gratuitamente a otro Dios superior al Creador; pretendiendo ponerse por encima del único verdadero Dios, Creador de todas las cosas, objeto de la fe unánime de la Iglesia a través de mundo entero, no pueden ir a parar más que a una multitud incoherente de sistemas que se contradicen los unos a los otros (19,1-20,2).

3. La tentación de Cristo (21-24)

Unas veinte últimas líneas de L.V,20,2, con las que acaba la sección precedente, han hecho presentir ya el comienzo de una sección nueva.

Esto no tiene nada que ver con la alusión del paraíso original que ha hecho Ireneo y que ha citado en Gen. 2,16: Era un discreto anuncio de la sección relativa a la tentación de Cristo, porque, para Ireneo, tal como se va a ver, la tentación de Cristo y su victoria sobre el demonio han sido la réplica de la tentación de Adán en el paraíso y de su derrota por el demonio.

a) Desafiándole a un combate y venciendo al que, en Adán, había hecho de nosotros sus esclavos, Cristo ha cumplido la profecía, hecha desee el origen del mundo por el Dios Creador (Cfr. Gen. 3,15); es la «descendencia» de la mujer la que ha aplastado la cabeza de la serpiente y la que nos ha liberado del pecado y de la muerte (21,11).

b) Para rechazar las sugerencias del demonio, el Señor no ha buscado otra arma que los mandamientos del Dios Creador,

contenidos en la «ley», es decir, en el Antiguo Testamento (Deut. 8,3; Ps. 91,11-12; Deut.6,13); Un análisis detallado del relato de la tentación de Cristo muestra que, como el primer hombre había caído bajo la esclavitud de Satanás, trasgrediendo el mandamiento del Dios Creador, así el Hijo de Dios, hecho hombre, ha triunfado de Satanás, observando el mandamiento del mismo Dios Creador.

El comportamiento de Cristo, en el trascurso de la prueba de la tentación, muestra por tanto que el único Dios verdadero, al que Cristo presenta como su Padre, no es otro que el Dios de la «Ley», el Dios Creador (21,2-22,1).

c) Al oponer al demonio el mandamiento del Dios Creador, Cristo no sólo ha triunfado del demonio, sino que nos ha instruido también a nosotros en nuestros propios deberes o por mejor decir, en la obligación que nos incumbe de no reconocer a otro Dios que al Dios Creador y en rechazar la falsa promesa del demonio, que no es más, que una creatura y una creatura desviada (22,2).

d) El demonio es, en efecto, mentiroso desde el principio: la prueba de que Dios es veraz, y la serpiente mentirosa está en que comió del fruto prohibido, cualquiera que sea la interpretación de la palabra «día» (23,1-2).

e) Mentiroso al principio, el demonio lo era también en el fin, cuando decía a Cristo: «Me han sido entregados todos estos reinos, y los doy a quien quiero»^a.

Los reinos de la tierra han sido establecidos por Dios, no por el demonio. El demonio, concluye Ireneo, no es más que un ángel apóstata, que busca hacerse adorar como Dios —esto anuncia el apartado siguiente, referente al Anticristo—, mas Cristo ha triunfado de él por medio de su sumisión a la voluntad de Dios su Padre— esto resume toda la sección precedente dedicada al episodio de la tentación de Cristo (24,1-4).

a) 24,1. Lc.4,2.

TERCERA PARTE

LA IDENTIDAD DEL DIOS CREADOR Y DE DIOS PADRE
PROBADA POR LA ENSEÑANZA DE LAS ESCRITURAS
QUE SE REFIEREN A LOS ÚLTIMOS TIEMPOS**1. El Anticristo (25-30)**

Toda la segunda parte del Libro V tiene la mira puesta en demostrar, partiendo de los tres hechos de la vida de Cristo, que el único Dios verdadero, que se ha revelado como Padre en Cristo, se identifica con el Dios que ha creado todas las cosas, y no, como querían los gnósticos, con otro Dios supuestamente superior al Creador. La misma perspectiva anti-dualista va a dominar la tercera parte del Libro V, dedicado al examen de los textos escriturarios referentes a los últimos acontecimientos de la historia del mundo. Mas como se trata de acontecimientos futuros, conocidos únicamente por las predicciones, el método de Ireneo será diferente: mostrará que los Apóstoles (Pablo, Juan), Cristo y los Profetas (Daniel, Isaías, Jeremías) —anotar este trinomio que, para Ireneo, resume toda la Escritura— tienen una enseñanza idéntica sobre los acontecimientos de los últimos tiempos, y en particular sobre el Anticristo (25-30) y el «reino de los justos» (31-36); esta identidad de enseñanza prueba que no hay más que un sólo Dios, que es a la vez el Dios Creador y el Dios Padre revelado en Cristo.

a) Al abordar las predicciones de la Escritura referentes al Anticristo, Ireneo reúne en primer lugar los textos que describen al Anticristo como quien «recapitulará» en sí la apostasía del demonio y pretenderá hacerse adorar como Dios en el templo mismo de Dios.

De donde dos primeras series de textos paralelos: por una parte, II Tesal. 2,3-4; Mt. 24,15,17,21; Dan. 7,7-8. 20-25; por otra II Tesal. 2,8-12; Jn.5,43; Dan.8,11-12.23-25 y 9,27.

Haciendo constar la concordancia de estos textos, Ireneo puede concluir; «Si lo que ha sido profetizado por Daniel acerca del fin, lo ha corroborado el Señor..., se manifiesta con toda evidencia que es uno sólo y el mismo el Dios que envió a los Profetas, ha enviado después a su Hijo y nos ha llamado a su conocimiento» (25,1-5).

b) Ireneo pasa después a una nueva serie de textos donde se hallan anunciados la división del último reino —se trata del Imperio Romano— y el triunfo final de Cristo: Apoc. 17,12-14; Mt. 12,25; Dan. 2,33-34.41-45. haciendo constar también aquí, la concordancia de los textos escriturarios, Ireneo puede concluir en la unicidad de Dios.

Si, por tanto, el gran Dios ha hecho conocer el porvenir por medio de Daniel y ha confirmado esta profecía por medio de su Hijo...; enmiéndose confundidos los que rechazan al Creador y no admiten que los Profetas hayan sido enviados por el mismo Padre, de quien ha venido también el Señor...» (26,1-2).

c) Si los herejes se han imaginado a un supuesto «Padre» superior al Dios Creador, es porque han rehusado admitir que sea justo el juicio realizado por él contra los que obran el mal. En realidad, Cristo ha venido de parte del único Dios verdadero, para salvación de los que, libremente, creen en él y hacen la voluntad de su Padre y para la perdición de los que, no menos libremente, se alejan de la luz y se separan de Dios. Después de haber insistido largo y tendido sobre la universalidad de la vocación a la salvación y sobre la libertad total que tiene el hombre para aceptar o rehusar esa salvación que se le ofrece, conduce Ireneo ese tema referente al justo juicio de Dios, citando de nuevo a II Tesal. 2,10-12 (26,2-28,2).

d) Ireneo cita a continuación la larga descripción de la bestia, que se lee en el Apocalipsis 13,2-18, descripción que conduce a la revelación del número del nombre de la bestia; 666. Este número es conocido en la Escritura, Ireneo trata de mostrar su conveniencia: por una parte, dice él, el número seis expresa, en milenios, la duración total del mundo; por otra parte, la triple

repetición de esa misma cifra seis, significa que el anticristo recapitulará en su persona toda la apostasía perpetrada en el transcurso de estos seis milenios (28,2-29,2).

e) Puesto que este número está perfectamente bien, es necesario cuidarse de querer sustituirle por otro, como hacen los que adelantan el número 616.

Por otra parte, es inútil buscar desde ahora cuál será el nombre del Anticristo, porque varios nombres corresponden al número.

El Espíritu Santo ha revelado el número del nombre de Anticristo, para que tomemos precauciones contra él, cuando venga; mas ha callado su nombre, porque su reino será efímero, debiendo venir Cristo desde los cielos para precipitarlo en el estanque de fuego y para inaugurar el «reino de los justos» (30,1-4).

2. La resurrección de los justos (31-36)

La última frase del cap. 30, para concluir el tema dedicado al anticristo, anuncia la exposición referente a la resurrección de los justos y al «milenio»; esta exposición va a ser el objeto de los seis últimos capítulos del Libro V.

a) Los gnósticos, que rechazan toda salvación de la carne y se imaginan que inmediatamente después de la muerte su espíritu o «pneuma» subirá por encima del Creador y llegará hasta el Padre, desconociendo las etapas intermedias por las cuales los justos deben encaminarse a la incorruptibilidad; de la misma manera que el Señor ha permanecido primeramente durante tres días en las regiones inferiores de la tierra y después tan sólo él ha resucitado en su carne y ha subido a su Padre, así también sus discípulos deben primeramente permanecer en sus almas en el lugar invisible, que les ha asignado Dios y guardar allí la hora fijada por él para su resurrección corporal (31,1-2).

b) Esta resurrección de los justos introducirá en un reino que no será todavía el reino celestial y eterno, sino una especie de «preludio» terrestre de la vida incorruptible del cielo y la última

etapa preparatoria para ésta. En su reino, donde la creación, renovada y devuelta a su esplendor original, será para el servicio de los justos, Dios cumplirá la promesa que hizo de otorgar la heredad de la tierra a Abrahán y su descendencia espiritual, que son los creyentes (32,1-2).

c) Esta es la heredad de la tierra que ha anunciado Cristo, cuando ha prometido beber allí del nuevo fruto de la vid con sus discípulos (Mt.26,27-29) o cuando ha asegurado que las comidas y cenas ofrecidas a los pobres serán devueltas cuando la resurrección de los justos (Lc.14,12-13).

Dejando así entender que los justos tendrán ante sí una mesa preparada por Dios y rebosante de toda clase de manjares, Cristo ha confirmado la bendición dada por Isaac a Jacob (Gen.27,27-29), bendición que no se realizó jamás en la vida de éste y que no puede desde entonces, referirse más que a los tiempos del reino de los justos.

Cristo ha confirmado igualmente la profecía de Isaías sobre el retorno de los animales salvajes a las costumbres y alimentación del principio (Is.11,6-9; 65,25), profecía que supone una abundancia extraordinaria de frutos de la tierra (33,1-4).

d) Los Profetas han predicho que Dios hará salir de los sepulcros a su pueblo —se trata de la auténtica descendencia de Abrahán, del Israel espiritual—, lo reunirá de entre todas las naciones donde se había dispersado y lo restablecerá sobre su tierra (Is.26,19; Ez.37,12-14; 28,25,26; Jer.16,14-15) para que disfrute allí de la abundancia de los bienes del Señor (Is.30,25-26; Gen.9,27; Is.58,14) cuando el fin de los tiempos (Is.6,11; Dan.7,27; 12,13).

Estas predicciones de los Profetas concuerdan con la enseñanza de Cristo (Lc.12,37-38) y de los Apóstoles, (Apc.20,6) referente a la felicidad de los que participarán de la primera resurrección y a los que el Señor mismo servirá un banquete (34,1-3).

e) Los Profetas han predicho que Jerusalén será magníficamente reedificada, para servir de residencia al pueblo restaurado de Dios, que vivirá en lo sucesivo en la justicia, en la paz y en

la alegría, en el seno de un mundo renovado (Is.31,9-34; 54,11-14; 65,18-22).

La Jerusalém en cuestión no se puede entender alegóricamente, porque, por una parte, Isaías (6,11-12; 13,9; 26,10; 65,21) precisa que los justos se multiplicarán «sobre la tierra», después que hayan sido exterminados los pecadores juntamente con el Anti-cristo, su jefe, y, por otra parte, Baruch (4,36; 5,9) dice que Dios mostrará el esplendor de esa Jerusalém «a la tierra, que está bajo el cielo» (34,4-35).

f) La Jerusalém terrestre de que aquí se trata no es más que el anuncio y preparación de la Jerusalém celestial y eterna.

En efecto, después de los tiempos del reino, durante los cuales los justos se «ejercitarán en la incorruptibilidad» vendrá la resurrección y el juicio universales: los pecadores serán arrojados al estanque de fuego, en tanto que sobre la tierra nueva descenderá la Jerusalém de arriba, la ciudad santa, el tabernáculo de Dios, en el que el Señor vivirá para siempre con los hombres que hayan sido juzgados dignos.

En todos estos casos hay coincidencia entre la enseñanza de los Apóstoles (Apoc. 20,11-21,6; Gal.4,26; I Cor. 7,31) de Cristo (Mt. 25,41; 26,35) y de los Profetas (Is.49,16; 65,17-18; 66,22). Volviendo a la idea con la que comenzaba el tema sobre el reino de los justos, afirma Ireneo de nuevo la necesidad de etapas sucesivas en el camino de los justos a la incorruptibilidad y en particular, siguiendo a I Cor. 15,25-28 de un reino del Hijo que precede y prepara el reino del Padre (35,2-36,2).

g) Viene un último párrafo, con el que Ireneo concluye a la vez el tema sobre el reino de los justos y el «adversus haereses», recordando los textos que él ha citado ya y añadiendo algunos nuevos, Ireneo constata en primer lugar que, sobre esa cuestión del reino de los justos, hay plena coincidencia entre las predicciones de los Apóstoles, las de Cristo y las de los Profetas.

Esta coincidencia prueba, en contra del dualismo gnóstico, que no hay más que un sólo Dios, que es a la vez Creador y Padre, que no hay más que un sólo Hijo, que ha hecho la volun-

tad del Padre, encarnándose para nuestra salvación, y un sólo género humano, llamado por entero a hacerse a imagen y semejanza de Dios por la acción del Hijo y del Espíritu (36,3).

Tales nos parecen ser las líneas maestras del Libro V de «Adversus haereses». Ellas se despejan tanto a partir del contenido real del Libro, como a partir de las indicaciones dadas por Ireneo mismo en el trascurso de su obra.

Se habrá notado la fidelidad con que Ireneo se atiene al propósito expresado por él en el prefacio del Libro.

Anunciaba él una demostración: Todo el Libro ha sido una triple demostración.

Anunciaba que iba a tomar sus argumentos de las enseñanzas de Cristo y de las cartas paulinas.

La primera y la segunda parte se apoyan respectivamente en los textos de Pablo y en los hechos de la vida de Cristo, que tienen un valor didáctico; en cuanto a la tercera parte, no ha hecho más que incrementar el programa anunciado, puesto que ella ha sido esencialmente una confrontación de la enseñanza de Cristo y los Apóstoles con la de los Profetas.

Por otra parte, el lector no habrá dejado de constatar que, en la búsqueda de las líneas maestras de este Libro V, nos hemos apoyado resueltamente en la unidad del pensamiento y de la obra ireneanas.

Se sabe en efecto cómo un Loofs llevando hasta sus últimas consecuencias los principios de la Quellenforschung (Investigación de las fuentes) ha visto en «Adversus haereses» poco más que una amalgama de copias extrañas. Sin ir tan lejos, la mayor parte de los críticos posteriores han insistido en el carácter compuesto de la Obra de Ireneo, haciendo ver con satisfacción las contradicciones internas, líneas de sutura y otros indicios, que les hacen descubrir una dependencia de otras fuentes.

Con G. Wingren y H. —I. Marrou— para no citar más que a dos autores recientes, creemos que hay motivos para reaccionar contra las insuficiencias de este método.

Si se quiere tener la suerte de alcanzar el pensamiento de un escritor, no se debe intentar en primer lugar descubrir en él copias y plagios —¡como si fuera suficiente realizar después una simple substracción, para que el residuo así obtenido represente la aportación propia del autor!

Lo que es preciso hacer, en cambio, es recibir en primer lugar la Obra de manos de su autor y procurar encontrar la unidad profunda de esa Obra tal como su autor la ha escrito y como nos la ha legado.

Nosotros no queremos negar que el Obispo de Lyon repita por su cuenta algunas exégesis escriturarias o algunos argumentos teológicos usados ya por sus predecesores.

Mas, precisamente él los recoge por su cuenta, no sólo imprimiéndoles su sello personal —como lo muestra allí donde ello es posible, la comparación con las Obras del siglo II, que nos han sido conservadas—, sino ya por el sólo hecho de que los inserta en una exposición de conjunto, que para él es su Obra.

Nosotros hemos intentado tomar, precisamente de esa Obra como tal, su unidad orgánica. Sin perjuicio de investigaciones ulteriores que podrán tratar de precisar, con toda la prudencia requerida, la parte de originalidad o de dependencia que conviene reconocer a Ireneo en la elaboración de su trabajo.

ADELIN ROUSEAU
Monje de la Abadía de Orval

COMIENZA EL LIBRO V

EL RESTO DE LAS ENSEÑANZAS DEL SEÑOR Y LAS CARTAS DE PABLO

Pr. I.- En los cuatro libros anteriores, que te hemos enviado, querido amigo, hemos desenmascarado a todos los herejes y puesto a la luz del día sus enseñanzas; hemos refutado también a los inventores de opiniones malvadas, tanto a partir de la enseñanza propia de cada uno de ellos, tal como nos han dejado en sus escritos, como con la ayuda de una exposición procedente de pruebas multiformes; nosotros hemos hecho así conocer la verdad y hemos puesto en evidencia el mensaje de la Iglesia, ese mensaje que habían anunciado ya los Profetas, como lo hemos mostrado, que lo perfeccionó Cristo, y que han transmitido los Apóstoles, y que la Iglesia, sola ella, después de haberlo recibido de ellos, lo guarda fielmente y lo trasmite a sus hijos a través del mundo entero; hemos resuelto todas las dificultades, que los herejes nos oponen, después de explicar la enseñanza de los Apóstoles, y de exponer en parábolas la mayor parte de lo que el Señor ha dicho o hecho.

En este Libro V de toda nuestra Obra: «detección y refutación del conocimiento de falso nombre» intentaremos aducir pruebas sacadas de las demás enseñanzas del Señor y de las Cartas del Apóstol, tal como has solicitado de nosotros; porque obedecemos a tu mandato —tanto más cuanto que hemos sido establecidos para el ministerio de la palabra— (Hechos. 6,4), y no regatearemos esfuerzos, según nuestras posibilidades, para sumi-

nistrarte muchísimos elementos de ayuda, para que puedas refutar a los herejes, hacer cambiar de sentimientos a los extraviados, y convertirlos a la Iglesia de Dios; así como fortalecer el espíritu de los neófitos, para que puedan conservar firme la fe, que bien custodiada la han recibido de la Iglesia, y no sean desviados de ninguna manera por los que tratan de adoctrinarlos mal y apartarlos de la verdad.

Será necesario que, tanto tú como todos los lectores de este escrito, leáis con la mayor aplicación lo que hemos dicho anteriormente, a fin de que conozcáis también las tesis mismas que refutamos; porque solamente así te opondrás a ellas de manera adecuada y estarás en disposición de asumir la tarea de refutar a todos los herejes, rechazando sus doctrinas como estiércol con la ayuda de la fe divina y siguiendo el único Maestro seguro y verdadero, al Verbo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, quien, a causa de su inmenso amor (Ef. 3,19), se hizo como nosotros, a fin de que nosotros nos hiciésemos como él.

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE PROBADA POR LAS CARTAS DE PABLO

1. La resurrección de la carne, consecuencia de la Encarnación

Realidad de la Encarnación.

1,1. Nosotros en efecto no hubiéramos podido aprender los misterios de Dios a no ser que nuestro maestro, sin dejar de ser Logos, se hubiera hecho hombre; porque ningún otro nos podía contar los secretos del Padre ^a, sin su propio Verbo. «Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O ¿quién fué su con-

sejero?^b. Por otra parte, nosotros, no podíamos aprender más que viendo a nuestro maestro y percibiendo su voz por medio de nuestro oído; para que hechos imitadores de sus obras y ejecutores de sus palabras^c tengamos comunión con él^d, y, los que hemos sido creados recientemente, recibamos, del que es perfecto y existe antes de toda creación, el crecimiento; de aquél, que es el único bueno y excelente, su semejanza; de aquél, que posee la incorruptibilidad, el don de ésta, y primeramente, después de haber sido predestinados al ser^e, según la presciencia del Padre^f los que no existíamos todavía, llegados luego al ser, comencemos la existencia de creaturas en los tiempos conocidos de antemano, según el misterio del Verbo.

El que es perfecto en todo, como Verbo poderoso y hombre verdadero; redimiéndonos por medio de su sangre como convenía al Verbo^g, «se entregó a sí mismo para redención»^h de aquellos que habían sido hechos cautivos. Y como la apostasía nos dominaba injustamente, porque pertenecíamos a Dios por naturaleza, nos había alienado contra nuestra naturaleza haciéndonos sus discípulos, por tanto, siendo poderoso en todo e indefectible en su justicia, el Verbo de Dios, con arreglo a esa justicia, se volvió contra la apostasía misma, rescatando de ella lo que era de su propiedad, no por medio de la violencia, tal como ella nos había dominado al principio, —arrebatao con violencia insaciable lo que no era suyo— sino por persuasión. Tal como convenía que Dios recibiera lo que quisiera, persuadiendo y no infiriendo violencia, a fin de que al mismo tiempo fuera salvaguardada la justicia y no pereciera la antigua plasmación de Dios. Por tanto si el Señor nos ha redimido con su propia sangre, si Él ha dado su alma por nuestra alma, y su carne por nuestra carne, si Él ha derramado el Espíritu del Padre, para realizar la unión y comunión de Dios y de los hombres por medio del Espíritu y haciendo elevarse al hombre hasta Dios por medio de su Encarnación, y si

1,1 b) Rom. 11,34; c) Sant. 1,22; d) 1 Jn. 1,6; e) Ef. 1,11-12; f) 1 Pedr. 1,2; g) Col. 1,14; h) 1 Tim. 2,6.

con toda certeza y verdad, en su venida, nos ha obsequiado con la incorruptibilidad por medio de la comunión, que tenemos con él, desaparecieron todas las enseñanzas de los herejes.

La Encarnación reduce a la nada a los Docetas y Valentinianos

1,2. Son vacíos en realidad los que dicen que él vino de una manera puramente aparente; ya que no en apariencia, sino en realidad y verdad acontecían estos hechos.

Si no siendo hombre apareció como hombre: en ese caso ni lo que era realmente ha persistido, o sea Espíritu de Dios, puesto que el Espíritu es invisible; ni por otra parte había en él verdad alguna, porque no era lo que aparentaba ser.

Por lo demás, hemos dicho anteriormente que Abrahán y demás Profetas le veían proféticamente, profetizando por medio de visiones lo que había de ser. Por tanto si aún ahora ha aparecido él sin ser realmente lo que se ve, es una especie de visión profética³, que ha sido dada a los hombres, y es conveniente esperar otra venida del Señor, en la que sea realmente tal como se ha visto ahora proféticamente. Por lo demás hemos manifestado que es lo mismo decir que Él se ha mostrado de una manera aparente, que decir que no ha recibido nada de María; porque no hubiera tenido él realmente ni la sangre ni la carne, por las que nos ha redimido, si no hubiera recapitulado en sí la antigua plasmación de Adán. Por tanto son vanos los Valentinianos que enseñan esta doctrina, a fin de excluir de la carne la vida y rechazar la obra modelada por Dios.

La Encarnación reduce a la nada a los Ebionitas

1,3. Vacuos también los Ebionitas. Rehusan acoger en sus almas, por medio de la fe, la unión de Dios y del hombre, permaneciendo en la antigua levadura^a de su nacimiento.

³ Una Teofanía. — 1,3. a) I Cor. 5,7.

Ellos no quieren comprender que el Espíritu Santo vino sobre María y el poder del Altísimo le cubrió con su sombra, por eso el niño que nació es santo y llamado Hijo de Dios Altísimo^b, Padre de todo. Quien ha realizado la encarnación de su Hijo e hizo aparecer así un nuevo nacimiento, a fin de que, de la misma manera que por el nacimiento anterior heredamos la muerte, así por este nuevo nacimiento heredemos la vida.

Por tanto rechazan éstos la mezcla del vino celeste y no quieren ser más que el agua de este mundo, al no aceptar que Dios se mezcle con ellos, continúan en aquel Adán que fué vencido y arrojado del paraíso.

No consideran que, así como al principio de nuestra plasmación en Adán aquel soplo de vida, salido de Dios, uniéndose a la obra modelada, animó al hombre y le hizo aparecer un animal dotado de razón^c, así últimamente el Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, uniéndose a la antigua substancia de la plasmación de Adán, le hizo hombre viviente y perfecto, para que, de la misma manera que morimos en el hombre animal, así seamos todos vivificados en el hombre espiritual^d. Porque Adán jamás se escapó de las manos de Dios, a las que hablando el Padre dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»^e. Y por esto en los últimos tiempos «no por la voluntad de la carne ni por la voluntad del hombre^f, sino por beneplácito del Padre las manos de Dios han hecho al hombre viviente, para que Adán se haga a imagen y semejanza de Dios.

La Encarnación reduce a la nada a los Marcionitas

2,1. Vanos también los que pretenden que el Señor ha venido a una propiedad ajena, como codicioso de ella, para presentar al hombre, obra de algún otro, a un Dios, que ni le hizo ni le creó y fué, en un principio, privado de una participación en su produc-

1,3 b) Lc. 1,35; c) Gen. 2,7; d) I Cor. 15,22; e) Gen. 1,26; f) Jn. 1,13.

ción. Por tanto no fué justa la venida de Aquél, que vino, según ellos, a una propiedad ajena, ni nos redimió realmente con su sangre^a, si realmente no se hizo hombre. Mas en realidad Él ha restablecido, en la obra modelada por Él, lo que se dijo al principio: que el hombre fué hecho a imagen y semejanza de Dios^b, él no se apropió fraudulentamente de un bien ajeno, sino que recuperó lo suyo propio con toda justicia y bondad: con justicia, con respecto a la Apostasía; nos redimió de ella por medio de su sangre^c; con benignidad con respecto a nosotros los redimidos, porque no le hemos dado nada previamente^d y Él no anhela nada de nosotros como indigente, en cambio nosotros tenemos necesidad de la comunión con él; y por eso por pura bondad se derramó a sí mismo, para recogerlos en el seno del Padre.

La Encarnación reduce a la nada a todos los negadores de la resurrección de la carne

2,2. Vanos de todas las maneras los que rechazan toda «la economía» de Dios, niegan la salvación de la carne y menosprecian su regeneración, declarando que ella no es capaz de recibir la incorruptibilidad. Si no hay salvación para la carne está claro que ni el Señor nos redimió con su sangre^a ni el cáliz de la Eucaristía es una comunión de su sangre, ni el pan que partimos es la comunión de su cuerpo^b.

Porque la sangre no procede más que de las venas y carnes y de todo el resto de la substancia humana, en la que convertido el Verbo de Dios nos redimió con su sangre. Como lo dice su Apóstol: «En quien tenemos la redención por su sangre y remisión de los pecados^c. Y como somos miembros suyos^d y nos alimentamos por medio de la creación —que nos proporciona él mismo, haciendo salir el sol y haciendo caer la lluvia según su voluntad^e—, del cáliz que procede de la creación, ha declarado

2,1 a) Col. 1,14; b) Gen. 1,26; c) Col. 1,14; d) Rom. 11,35. — 2,2 a) Col. 1,14; b) I Cor. 10,16; c) Col. 1,14; d) I Cor. 6,15; Ef. 5,30; e) Mt. 5,45.

Él ser su propia sangre^f, por la que se fortalece nuestra sangre, y del pan salido de la creación ha proclamado Él ser su propio cuerpo^g, por el que quedan fortalecidos nuestros cuerpos.

2,3. Si por tanto el cáliz que ha sido mezclado y el pan que ha sido confeccionado reciben la palabra de Dios y se hace la Eucaristía, es decir la sangre y el cuerpo de Cristo, y si por medio de ellos se fortalece y crece la substancia de nuestra carne ¿cómo estas gentes pueden negar que la carne sea capaz de recibir el don de Dios consistente en la vida eterna, cuando ella es alimentada con la sangre y el cuerpo de Cristo y es su miembro? Así dice el bienaventurado Apóstol en su carta a los Efesios: «Porque somos miembros de su cuerpo, formados con su carne y con sus huesos»^a, no habla de un hombre espiritual e invisible^b—porque el espíritu no tiene ni huesos ni carne—^b sino de un organismo humano auténtico, compuesto de carnes, de nervios y de huesos: Es el organismo mismo que se alimenta con el cáliz, que es su sangre, y se fortalece con el pan que es su cuerpo, y de la misma manera que la planta de la vic^c depositada en tierra da fruto a su debido tiempo, y «el grano de trigo, que cae en tierra»^d y deshecho, se levanta múltiple» por el Espíritu de Dios, que sostiene todas las cosas^e—y después, gracias a la sabiduría, pasan al uso de los hombres y recibiendo la palabra de Dios se convierten en Eucaristía, o sea en cuerpo y sangre de Cristo—así nuestros cuerpos alimentados por esa Eucaristía, y colocados en tierra y disueltos en ella, resucitarán a su debido tiempo, cuando el Verbo de Dios les concede la resurrección «para gloria de Dios Padre»^f, porque proporcionará Él la inmortalidad al que es mortal y recompensará gratuitamente con la incorrupción al que es corruptible^g, porque el poder de Dios triunfa en la flaqueza^h, para que no nos enorgullezcamos nunca, como si de nosotros mismos tuviéramos la vida y nos rebelamos adoptando un ánimo desagradecido con

2,2 f) Lc. 22,20; I Cor. 11,25; g) Lc. 22,19; I Cor. 11,24. — 2,3 a) Ef. 5,30; b) Lc. 24,39; c) Ez. 15,2,6; d) Jn. 12,24; e) Sab. 1,7; f) Fil. 2,11.; g) I Cor. 15,53; h) II Cor. 12,9.

Dios; aprendiendo por otra parte por experiencia que a causa de su grandeza, y no por nuestra naturaleza, perseveramos para siempre; no nos apartemos de la auténtica idea de Dios, ni desconozcamos nuestra propia naturaleza, para saber qué poder posee Dios y qué beneficio recibe el hombre de Él, y no nos equivoquemos jamás de la verdadera comprensión de las cosas que existen, o sea de Dios y del hombre. Por lo demás, como lo hemos dicho anteriormente ¿acaso no ha permitido Dios nuestra descomposición en la tierra por esto, para que, instruidos de todas las maneras, seamos más cuidadosos en todo, no desconociendo ni a Dios ni a nosotros mismos?

2. La resurrección de la carne, obra del poder de Dios

«Mi poder se manifiesta en la debilidad».

3,1. El Apóstol manifiesta muy claramente que el hombre ha sido entregado a su propia debilidad, por temor de que, llegando a enorgullecerse, se aparte de la verdad. Dice en efecto en la segunda carta a los Corintios: «Y, para que no me enorgullezca por la sublimidad de las revelaciones, me fué dado un aguijón de la carne, un ángel de satanás que me abofetee. Acerca de esto tres veces rogué al Señor para que lo alejase de mí, pero me respondió: «Te basta mi gracia, pues mi poder triunfa en la flaqueza». Con gusto, pues, me gloriaré en mis debilidades, para que more en mí el poder de Cristo^a. «¿Pues qué? dirá alguien ¿quiso el Señor que su Apóstol fuera abofeteado y sufriera semejante debilidad? Dice el Verbo —que sí, «porque mi poder se manifiesta en la debilidad», haciéndole mejor al que, por medio de su debilidad, conoce el poder de Dios. En efecto ¿cómo hubiera podido aprender el hombre que es débil y mortal por naturaleza, y en cambio Dios inmortal y poderoso, si no hubiera recibido la experiencia de lo uno y de lo otro?

Porque aprender que es débil sufriendo no es ningún mal para el hombre; es más bien un bien para él no equivocarse sobre su naturaleza. En cambio alzarse contra Dios, presumiendo de su propia gloria, haciendo desagradecido al hombre, le causaba tan grave perjuicio, que le privaba tanto de la verdad como del amor a su creador.

La experiencia de lo uno y de lo otro ha producido en él el verdadero conocimiento de Dios y del hombre, y ha acrecentado su amor para con Dios; ahora bien donde hay un acrecentamiento del amor, una gloria mayor es proporcionada por el poder de Dios a los que le aman.

Dios puede vivificar la carne y la carne puede ser vivificada por Dios

3,2. Menosprecian por tanto el poder de Dios y no ven la verdad, los que detienen su mirada en la debilidad de la carne y no consideran el poder del que la resucita de entre los muertos^a. Porque si no vivifica lo que es mortal y no transforma lo corruptible en incorruptible^b, ya Dios no será poderoso.

Mas como Él es poderoso para todo esto, debemos considerar de nuestro origen que tomó Dios lodo de la tierra y modeló al hombre^c. Y, por otra parte, darle el ser, crear un animal viviente y dotado de razón, cuando no existía nada, ni huesos, ni nervios, ni venas, ni ninguno de los demás elementos que constituyen el organismo humano, era mucho más difícil e increíble que restablecer después lo que, una vez creado, era descompuesto en la tierra, por los motivos que hemos dicho anteriormente, y que será devuelto a los elementos mismos de donde había sido sacado al principio, cuando no existía todavía. Porque aquél que hizo al principio, cuando quiso, al que no existía, con mayor motivo res-

3,2 a) Heb. 11,19; b) I Cor. 15,53; c) Gen. 2,7.

tablecerá de nuevo queriendo a los que ya existieron, en aquella vida que es dada por él.

Por otra parte, la carne se hallará capaz de recibir y de contener el poder de Dios, puesto que ella recibió al principio el arte de Dios, y así una parte de ella se hace ojo que ve, otra, oreja que oye, otra, mano que palpa y trabaja, otra, nervios que están esparcidos por todas partes y mantienen unidos los miembros, otra, arterias y venas por donde pasan la sangre y el aire, otra, las diferentes vísceras, otra, la sangre que hace la unión del alma y del cuerpo.

¿Pues qué? Porque es imposible enumerar todos los elementos constitutivos del cuerpo humano, que no ha sido hecho sin la gran sabiduría de Dios^d.

Ahora bien las cosas que participan del arte y de la sabiduría de Dios participan también de su poder.

3,3. La carne por tanto no está privada del arte, de la sabiduría y del poder de Dios: porque su poder, que da la vida, se manifiesta en la debilidad^a, es decir en la carne.

¡Que nos digan, los que dicen que la carne es incapaz de aquella vida que da Dios, si afirman esto los que están viviendo ahora y participan de la vida, o si careciendo en absoluto de la vida se reconocen al presente unos muertos!

Pero si están muertos ¿cómo pueden moverse, hablar y realizar todas las demás acciones que son propias no de muertos, sino de vivos?

Si viven al presente y todo su cuerpo participa de la vida ¿cómo se atreven a decir que la carne es incapaz de tener parte en la vida, cuando reconocen tener al presente la vida? Es como si alguien sosteniendo (en la mano) una esponja llena de agua y una antorcha de fuego, dijera que la esponja no puede participar del agua ni la antorcha del fuego. De la misma manera estas gentes

aseguran que ellos viven, se glorían de llevar la vida en sus miembros; después, contradiciéndose a sí mismos, pretenden que sus miembros son incapaces de recibir la vida. Si esta vida temporal, siendo mucho menos vigorosa que la vida eterna, es en cambio bastante poderosa para vivificar nuestros miembros mortales^b, ¿por qué la vida eterna no vivificará la carne ejercitada ya y acostumbrada a llevar la vida?

Que la carne sea capaz de participar de la vida se manifiesta por el hecho de que vive: tanto tiempo vive cuanto Dios quiere que viva. Y como, por otra parte, sea Dios capaz de darle esa vida, es evidente: que, desde que Dios nos da la vida vivimos nosotros.

Si por tanto Dios es capaz de dar la vida a la obra modelada por Él y si la carne es capaz de recibir esa vida ¿qué es lo que impide que la carne tenga parte en la incorruptibilidad, que no es otra cosa que una vida larga y sin fin otorgada por Dios?

El supuesto «Padre» imaginado por los herejes no es más que un impotente o un envidioso

4,1. Ahora bien, sin darse cuenta, los que se imaginan a otro Padre, diferente del Creador, y le dan el título de «Bueno», hacen de este supuesto Padre un ser débil, inútil y negligente, por no decir envidioso, cuando declaran que nuestros cuerpos no pueden ser vivificados por Él. En efecto cuando dicen que es vivificado por el Padre aquello, cuya duración sin fin es evidente para todos, como el espíritu, el alma y las demás cosas de este género, mas que es abandonado por Él lo que requiere ser vivificado con la vida que Dios le dé, manifiesta que su Padre es débil e inútil o negligente y envidioso.

Porque, si el Creador vivifica aquí abajo nuestros cuerpos mortales^a y si, por medio de los Profetas, les promete la resu-

irrección, tal como lo mostraremos, ¿quién aparecerá como más atento, como más poderoso, como verdaderamente bueno? ¿acaso el Creador, que vivifica al hombre todo entero, o su presunto Padre, que finge vivificar los seres naturalmente inmortales, que poseen ya la vida por su naturaleza misma; pero abandona negligentemente a la muerte, en lugar de vivificarlos con bondad, los seres que necesitan de su ayuda para vivir? A éstos su Padre rehusa dar la vida ¿cuando puede, o porque no puede? Si es porque no puede ya no es ni más poderoso ni más perfecto que el Creador; porque el Creador da, como se puede ver, lo que aquél es incapaz de otorgar. Si, en cambio, cuando puede dar no da, ya no se manifiesta bueno, sino un Padre envidioso y negligente.

4,2. Mas si adujeren una causa, por la que su Padre no vivifica los cuerpos, entonces esa causa aparecerá necesariamente como más poderosa, que el Padre, puesto que prevalece ella sobre su bondad, y su bondad quedará tachada de impotencia por esa causa aducida por ellos. Mas el que los cuerpos sean capaces de recibir la vida lo puede ver todo el mundo; porque los cuerpos viven tan largo tiempo como Dios quiere que vivan, y los herejes ya no pueden decir que son incapaces de recibir la vida. Si, por tanto, con motivo de cualquier otra necesidad o causa, no es vivificado lo que puede participar de la vida, su Padre quedará esclavizado a esta necesidad y a esta causa; y ya no será por más tiempo libre y dueño de sus decisiones.

Ejemplos bíblicos que ilustran el poder vivicante de Dios

5,1. Ahora bien, como los cuerpos conocieron una longevidad notable, tan largo tiempo como fué el beneplácito de Dios, si los herejes leen las Escrituras constatarán que nuestros antepasados rebasaron setecientos, ochocientos y hasta novecientos años; sus cuerpos alcanzaban el largo día^{a4}, y participaban de la vida